



Gramática personal

OSCAR CONDE

Buenos Aires, Oinos, 2012, 66 pp.

reseña de Javier Barreiro

Una de las paradojas eternas de la poesía es su capacidad de sobrevivir, de arrebatarse, sin que las referencias contextuales sean precisas: la canción del telar de los ágrafos indios tewa, las entrevisiones de un orate como Jacobo Fijman, el relato del mundo de alguien que vivió hace más de veinticinco siglos y a quien llamamos Homero pero que su nombre, como el de uno de sus héroes, es ninguno o nadie... pueden sumir a un hombre de hoy, y que hable cualquier otra lengua, en el máximo deleite estético.

Tenemos en las manos el libro de un poeta argentino nacido en 1961, del que se nos dice en la solapa que es profesor de lenguas clásicas y experto en tango y rock argentino. Este es su segundo libro de poesía. Lo abrimos con la curiosidad del buscador de novedades. Así hacemos con algún ciento de poemarios al año. En sus primeras líneas ya percibimos si la lengua nos arrastra o nos fatiga. ¿Qué descubrimos en el primer texto, «Prosodia», de esta *Gramática personal*? Referencias culturalistas e intertextualidades, que nos hacen pensar, al tiempo que alegra nuestra vanidad el ser capaces de relacionarlas, una precisa técnica enumerativa y un viejo tema, tal vez más literario que filosófico: creemos guiar nuestra vida, marcar su rumbo pero es al revés. ¿Al revés de qué, si los extremos han de tocarse?

En la segunda parte, «Morfología», el autor se nos destapa: los sustantivos nos enseñan en qué queda el reino del joven que jugaba a ser dios. Reconocemos ese juego, ese deseo, esa impudicia, que suele afectar

a quien se conmueve con la belleza y quiere hacerla suya. Los adjetivos, en vez de aportar matices, derrumban nuestros sueños. Por su parte, las conjugaciones nos enseñan algo que nunca supimos a pesar de tenerlo delante; sus verbos modelo: amar, temer, partir, constituyen el tejido de nuestra vida. Verbos que causan problemas, efectivamente, como los cuatro clásicos: dar, negar, pedir, recibir. No nos deja de sorprender que las preposiciones se conviertan en una suerte de manifiesto en pro de la libertad de América. En la otra orilla, más viejos y bandeados, ni somos ya patriotas ni creemos en otra libertad que la individual, tan difícil. Las interjecciones nos enseñan el arte de la elipsis. Son su modelo y la literatura no es otra cosa que ese arte de decir lo más con lo menos. Finalmente, las declinaciones cuentan que nada hay declinable en poesía, todo lo tamiza el yo, no hay más allá otra realidad, el resto es nada, ni siquiera, muerte. Lo que nos confirma el primer poema de la tercera parte, «Sintaxis», que afecta al núcleo del sujeto: «primero yo / después yo / siempre yo».

Aparecen ahora todas las funciones de la oración: en ellas vemos que el autor, al fin un artista, aspira a lo que todos ellos: vengarse del mundo pero, como también es un sentimental, —no otra cosa esperábamos de un tanguero— está atado a gentes y episodios que lo llevan a discutibles pertenencias, como la patria o el barrio y, desde las manifestaciones de amor, a la elegía, pasando, eso sí, por la duda, siempre entrecerrando nuestros ojos, nuestra mueca. Las oraciones

finales —¿o proposiciones? alguien que enseñó lengua y literatura, nunca supo de qué hablaba cuando hablaba de estas clasificaciones humanas— nos derivan a una suerte de resumen totalizador pero tan entrañable, tan bien pautado, tan argentino:

fui concebido para que me dieran la chance
de aprender a morir.
voy muy mal: Tengo 51 y no aprendí un
carajo.
fui cobarde para que no me pegaran, y
entonces
me pegaron más que nunca.
fui abanderado para que me comprasen
un par de pantalones celestes
en una tienda modesta de la plaza Falucho.

Nada engaña en el título que Oscar Conde ha impuesto a su poemario. Desde sus primeros versos son resultado del mismo. Desfilan aquí la prosodia, la morfología y la sintaxis, bajo el prisma de un yo lírico omnipresente. Poesía, pues, culta, tibiamente desolada, implacable con dicho yo en un cosmos que nunca lo acomodó y, entre todo ello, los sustantivos que nos ayudan a los comentaristas a tratar de demostrar donde hay verdadera poesía. En *Gramática personal* encontramos sutileza, ironía, neologismos, economía verbal, pesimismo, lucidez y, sobre todo, esa difícil originalidad que, como reza el dicho español, hoy —y seguro que ayer— hay que buscarla con candil.